

ID: 1278038 - Crítica: 'El caballero de Barajas', de López Rubio y Manuel Parada, en el Alcázar. Informaciones (Madrid) 24/9/1955.



## VISTA

En la dirección artística las tres compañías eran.

o a lo que fuere, no sabía lo que se mendur el cometido a un hombre como

a sabes que Elopert Grases se han en la compañía que en representa «La rulo-

quisición.

va Miquelito Mihura a destino a Isabelita

solamente nada se

rás que Alfonso Saldó entre los auto-mporada del María

qués de Victor Ruiz

go, porque es Vicede-dera con su comen-ón escénica que lo hecho de «Lillón», la obra de Alfonso

en el barrio». Pas-por cierto, ha cu-o que Miguel Angel npañía oficial.

qué?

quel Angel ha sido ernando de Grana-ómica»

Larrañaga también. s formará parte de ro cuando lo llegue la comedia de Ruiz

lo algo sobre el pro-i de cerrar la tem-eina con «La Mal-

o así, pero para in-

hacerte idea del ce-que derrocha Fer-montaje de «Clase

udo y nada me ex-ido de Granada, ? tiene bien proba-le director, y es de

# CRÍTICA: "El caballero de Barajas", de López Rubio y Manuel Parada, en el Alcázar

CON un libro ingeniosamente concebido, limpió del lastre que suponen las escenas fabricadas en sañe por nuestro actual género lírico mayor y menor, el señor López Rubio hizo su pequeña revolución. Esta revolución ya estaba hecha, pero por las razones que fuere, no se había traducido en nuestros escenarios. El comediógrafo acudió a la incitación de escribir un libreto de comedia musical con el propósito de probar que existe una necesidad pública de esta clase de obras. Trazó situaciones y escribió cantables donde los momentos sentimentales se alternaban con los momentos irónicos o cómicos. El compositor, — y esto es muy raro — se plegó a ese libreto y escribió una partitura que seguía fielmente la letra de los cantables. De esta feliz subordinación del músico al comediógrafo nació «El caballero de Barajas», que antes que otra cosa produce en el espectador una sensación de limpieza, como si acabara de tomar un baño tras largo recorrido o caminos polvorientos. «El caballero de Barajas» divierte por sus incidencias, atrae por la agudeza de sus letras y diálogos y mantiene al espectador identificado con lo que sucede en las tablas, por la fuerza persuasiva que se desprende de una partitura ligera, pero no ramploa, fresca y espontánea, como obediendo al estímulo de las proposiciones artísticas que brindó el comediógrafo. El estreno de anoche fue una de las pocas ocasiones en que los espectadores se sintieron interesados tanto por lo que decían los intérpretes como por el modo de decirlo, o sea, cantando. Gracias a este sano equilibrio, los tres actos y quince cuadros de la obra mantuvieron a la sala en atención alerta, sin que desmayara ni un solo minuto.

Desde la «Romanza de Sesostris» se vio que Parada había comprendido con exactitud cuál era su misión. Los comentarios musicales resultaban tan irónicos, tan sentimentales o tan cómicos como el texto literario mismo, y siempre con frescura de colorido, eludiendo los rellenos de «chin-chín» que normalmente sirven para ganar tiempo cuando la inspiración no llega o es preciso enlazar dos motivos infinitamente distanciados entre sí, por el contrario, la partitura resulta de una admirable concisión, y si hubiera que poner ejemplo de esto, habría de citarse el «pout-pourri» de melodías americanas «Te espero en América», uno de los momentos más felices de la obra, pese a la dificultad del empeño.

Los aplausos del público no se hicieron esperar. Pero he aquí otra novedad digna de mención: no se repitió un solo número, lo que fue previamente advertido en los programas de mano. Gracias a tal acuerdo no se rompió la continuidad de la representación, y la pieza, más bien larga, terminó a una hora normal.

A lo largo de esta comedia musical abundan los aciertos plenos. El número que da título a la pieza, el schotis «Aquel Madrid», tan agudo en el fondo como gracioso en la expresión; la canción «No me quieras a mí», con una breve sátira sobre ciertas emisiones de radio, que el público celebró ampliamente, marcaron las cúspides.

Luis Sagi Vela dió testimonio de sus facultades como cantante y de su adecuación al estilo moderno, y se hizo aplaudir largamente. Ana María Alberta, que por vez primera en su vida salía a un escenario público, comenzó cantando tímidamente, pero luego, al ver que todo marchaba perfectamente, se afirmó y salvó con soltura todas las pruebas a que fue sometida. Miguel Ligero, inapreciable colaborador en obras donde haya que hacer un poco de todo, dejó la impresión de ser insustituible en su papel. Y Luisa de Córdoba derrochó gracia y humor en todas sus intervenciones.

Se acusó en toda la representación la excelente mano directora de López Rubio. Sólo hay un reparo que oponer: algunas mutaciones se efectúan a la vista del público, a pesar del «apagón». Debe corregirse ese fallo mediante un telón. Es fácil.

Muy bonitos y adecuados los decorados de Emilio Burgos. Los coros se movieron y cantaron bien y la representación fue sumamente grata a la vista.

Al término del primer acto los autores y los intérpretes fueron calurosamente aplaudidos. Y cuando la pieza finalizó estalló una ovación con «bravos» que duró largo rato.

En fin, parece que se ha hecho una demostración de que la comedia musical es viable entre nosotros. ¿Vamos a continuarla? Pues vamos.

Adolfo PREGO

